

na: pero no importa: yo desde este momento me doy por despedida: no quiero nada con gente chismosa.

—¡Qué vergüenza! exclamó Doña Bibiana: ¡qué escándalo! ¡y que esto pase en mi casa sin saberlo yo! ¡German, German!

—¿Quién me llama? respondió la voz del joven desde la cama.

—¡Levántate al momento, al momento! y tú, pícara...

—Abur, dijo Joaquina con su natural frescura é insolencia: dentro de poco me voy para alcanzar el tren de Barcelona.

La criada dió media vuelta, y se metió en su cuarto.

—German, dijo Doña Bibiana, levántate en seguida y sube á mi cuarto que te quiero hablar.

—Allá voy, respondió el joven volviéndose del otro lado: espéreme Vd. sentada: ahora voy yo á esperar la borrasca con la cabeza baja.

—Tú, Gregorio, prosiguió la viuda, dirás al ma de llaves que ajuste la cuenta á esa buena alhaja.

Y se subió, con la majestad de una Juno, para esperar á su hijo y preparar la rociada de injurias con que pensaba regalarle.

III

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Daban las siete en el reloj colocado en el comedor de la casa de campo de Doña Bibiana, cuando Isabel entró en la habitacion de Aurora y abrió las maderas del balcon, para que su prima despertarse.

La joven dormía con el sueño apacible de su edad: su lujoso lecho de acero y bronce estaba adornado con bellas colgaduras y ropas de gran precio.

Aurora era muy linda; pero la costumbre continua de irritarse, habia señalado en su frente algunas arrugas prematuras y esparcido en sus facciones una expresion dura y violenta.

Su cuarto estaba ricamente amueblado, pero con el gusto recargado que regularmente ostentan todas las gentes que, nacidas en pobre y humilde cuna, llegan á poseer grandes riquezas.

No era propio, por ejemplo, de un lecho de

33871

soltera el ostentar una colecha de terciopelo granate, y ricos encajes en las sábanas y almohadas.

La chambra y gorro de cama de Aurora eran asimismo de gran valor: en sus orejas, pequeñas y blancas como el marfil, reían locamente dos gruesos brillantes, que no había tenido humor de quitarse, y con los que se había acostado, después de su disputa con su madre.

Un mechón de sus cabellos negros, desprendido de su peinado, bajaba en espiral por su garganta, formando un grueso rizo.

Aurora tenía muy hermosos ojos negros, según podía conocerse aun estando cerrados: guarneciales una franja de pobladas pestañas negras también: su tez era blanca y rosada: su boca pequeña y del color del coral: su nariz bonita y delicada.

El mueblaje del aposento, que consistía en una sala bastante grande, era dorado, con tapicería de seda carmesí: un enorme espejo de cuerpo entero, asimismo con marco y pié dorados, se encontraba colocado delante del balcón.

Una mesa con tocador adornada de muselina blanca de la India, un elegante velador y

un costurero maqueado completaban el adorno de aquella habitación.

El aspecto de Isabel hacía con aquel lujo el contraste más extraño.

La joven era el tipo más opuesto que pudiera buscarse de su prima.

Era rubia, pero sus cabellos tenían un color tostado bastante oscuro para quitar de su rostro el aspecto helado de las mujeres excesivamente blondas, y bastante claro, para ostentar un armonioso matiz con reflejos dorados y brillantes.

Eran sus ojos azules, pero tampoco tenían el color apagado y casi blanco de la porcelana, sino un matiz oscuro y dulce, á la par que abri-llantado.

Largas pestañas de seda casi negra y cejas del mismo color les adornaban.

Su tez era tan blanca, que se descubría en ella con facilidad el lindo tejido de sus venas azules.

Tenía la frente despejada, sin que ostentase una deforme anchura: la nariz, algo roma y levantada, era, quizá por ésto, la más linda facción de su rostro.

Su barba redonda y suave, sus mejillas que

ostentaban la frescura de los diez y siete años, su talle derecho y gracioso, su esbelta figura, su bonita mano y su pequeño pié, hacían de Isabel, si no una belleza, una de las más encantadoras muchachas que se pudieran imaginar.

Su traje era pobre más que modesto: un vestido de percal de fondo blanco sembrado de pequeñas violetas: un delantal de tafetan del color de las flores, y una corbatita de encaje negro que sujetaba un cuello de tela de hilo liso, componían su atavío, que parecía hecho expresamente para su figura cándida y poética.

—¿Aurora? dijo moviendo suavemente á su prima.

—¡Déjame! respondió la dormida sin abrir los ojos y volviéndose al otro lado con muy mal humor.

—Mira que son las siete: la hora en que me encargaste que te llamase, observó con dulzura Isabel.

—Bien, déjame: ahora tengo más sueño.

—¡Pero ya sabes que tu mamá quiere que te levantes á las siete!

—¡Déjame con mi mamá! ¡Contenta me tiene!

—Así se incomodará otra vez: ¡si vieras hoy

de qué mal temple está! ha regañado tanto con Joaquina, que ésta se marcha.

—¡Cielos! ¿qué dices? exclamó Aurora, que se incorporó en la cama al oír esta noticia: ¿qué se va Joaquina?

—Sí: eso ha dicho: ahora le está ajustando la cuenta Doña Ursula.

—¡Y llevamos en dos meses siete doncellas! exclamó Aurora con ira: es claro, no quiere estar ninguna en este desierto: y ésta, que duraba...

—Ésta duraba por una razón bastante mala, observó Isabel: ya lo sabes.

—¿Qué sé? lo que tú me has dicho: ¿que le hacía cocos mi hermano? ¡vaya un mal muy grande!

—Ya pasaba de cocos.

—¿Por qué no le haces tú caso? Es capaz de casarse con ella por vengarse de ti.

—Hará muy mal, porque él será quien lo pague, y no yo, que viviré lejos de él.

—¿Pero no te gusta mi hermano?

—Para marido, no.

—¿Pero qué faltas tiene? posee un capital regular, es jóven y buen mozo, ¿qué más quieres, y qué puedes tú esperar?

—Quiero algo más que eso, y espero conseguirlo.

—Tú te las prometas siempre muy felices.

—No tal; pero no me casaré si no hallo lo que deseo y creo merecer.

—¿Y qué es ello?

—Tal vez no me comprenderás aunque te lo diga.

—¿Me tienes por tan tonta?

—¡Nada de eso; pero pensamos las dos de tan diferente manera...

—No importa; dílo.

—Alla vá pues; quiero casarme con un hombre laborioso y bien educado.

—Mi hermano no es lo primero, porque no necesita serlo; pero en cuanto á lo segundo...

—No lo es tampoco, y lo necesita mucho.

—¿Y á qué llamas tu tener buena educacion? preguntó Aurora, cuyo entrecejo se iba frunciendo como el de Júpiter Tonante.

—Llamo buena educacion, respondió Isabel con calma y dulce gravedad, á lo que debe llamarse; á la cultura en los modales, la compostura en el traje, la dulce cortesía en el trato; nada de eso tiene German; y tal vez yo no sabría conocerlo á no ser porque viví algun tiempo

entre gentes de educacion perfecta y esmerada.

—¿Dónde?

—Cuando tú pasaste una temporada en un colegio en Madrid, y tu mamá y hermano vivian allí, y yo con ellos, habia en el cuarto principal unos vecinos, á los que por niña pequeña hacía gracia, y que siempre querian tenerme á su lado; eran padre, madre y dos hijas, la una de doce años y la otra de diez y seis; no te puedes imaginar dos jóvenes más amables y más encantadoras; la mayor tenía novio, y se casó; recuerdo tambien á aquel joven, que no podia ser más galante y más amable; yo creo que aquella gente tenía tambien sangre y nervios; pero su sangre y sus nervios estaban subordinados á las reglas de la buena educacion. Cuando volvía al lado de tu mamá y de tu hermano, y les oía disputar entre ellos y con los criados, me parecia que una sombra fúnebre me iba envolviendo poco á poco, y mi corazón se oprimía y ansiaba que llegase la hora de volver á ver á los vecinos; como ves, no puedo por mi modo de pensar corresponder á la afecion que tu hermano me manifiesta; lo siento, pero no me es posible remediarlo.

—¿De modo que todos nosotros te somos an-

tipáticos, no es esto? preguntó Aurora con ironía; ¡buen modo de agradecer el pan que comes!

—Prima mia, repuso Isabel con entereza, el pan que como, es mio; tengo seis reales diarios de pension que cobra tu madre, y seis reales dan para pan por mucho que comiese, y ya sabes que yo como muy poco; no me sois anti-páticos, sino muy queridos; ¿dónde irá el alma á refugiarse si desdeña los afectos de la familia? Yo quiero estar al lado de la mia; lo que si me sucede, es que sufro, y mucho, al ver que tu madre y tú estais en continuo disgusto, por no tener cada una un poco de tolerancia, con la que todo se podría arreglar.

—Mira, repuso Aurora; déjame de tolerancias; lo que voy á hacer, es casarme cuanto antes.

—¿Con Agustín?

—¿Con quién ha de ser?

—Pero Aurora, observó la jóven, ¿qué prisa te corre casarte? ¿acaso eres vieja, acaso te han de faltar otros partidos?

—No lo sé; solo sé que quiero salir lo antes posible del lado de mi madre, cuyo génio no puedo sufrir.

—¿Y si te toca un marido que lo tenga peor?

—No puede ser.

—Tal vez si podrá ser; y aquello es mas duro, porque no deja esperanza; al paso que ahora tienes la de salir un dia ú otro de esa tutela; además, Agustín es calavera, jugador, y criado en una villa que, aunque grande y rica como lo es Egea de los Caballeros, al fin es un lugaron.

—Mejor, así no sabrá de mundo.

—¡Ay, prima mia, el hombre debe conocer el mundo! exclamó Isabel: bueno es que la mujer lo ignore todo; pero ¿y si lo ignoran los dos, si no saben manejarse ni manejar á su familia?

—En la ocasion se aprende.

—No lo creas, no se aprende en la ocasion: á lo ménos á mí así me lo parece.

—Tú todo lo quieres saber: pero ¿por qué discurre tanto en aconsejar á los demás y tan poco en tu propio interés? ¿por qué no te casas con mi hermano?

—Ya te he dicho que no me conviene.

—¿Siendo rico!

—Espero ser más feliz con un pobre.

—¿Qué disparates!

—No son sino verdades, ó mejor dicho, la expresion de lo que siento: ya sabes que siempre he vivido en la pobreza: así es que la amo como á una amiga, segun diria mi madre: me

parece que la opulencia me estorbaria y que solo me sería grata una tranquila prosperidad, á la que yo misma contribuyese.

—Pues yo no pienso así: una de las razones por lo que me gusta mucho Agustín, es porque es rico y dueño de su fortuna.

—Te equivocas: aún vive su padre.

—¿Y qué? él la maneja toda.

—Pero no toda es suya: dicen que su padre le pide cuentas, y si él se las da, ya ves...

—Ya veo que es porque quiere, y que no debía dárselas.

—¿Qué dices!

—¿No es mayor de edad?

—Jamás lo debe ser un hijo para su padre.

En aquel instante, una voz aguda y burlesca dijo á la puerta de la habitacion de Aurora:

—Con Dios, señoritas.

—¿Qué, se va Vd. al fin? exclamó Isabel.

—Al fin, repitió con descaro Joaquina, zarrandeando un lio que llevaba debajo del brazo: al fin me voy; y á fe que Vd. no lo sentirá mucho que digamos.

—Yo no siento que Vd. se vaya en efecto, repuso Isabel: es Vd. una persona extraña, y además poco agradable por su carácter áspero:

ha servido, se le ha pagado, se marcha usted, buen viaje.

—¿Y Vd. queda dueña del campo, es verdad?

—¿De qué campo?

—Toma, ya sabe Vd. de cuál: ya no le haré sombra con el señorito.

Isabel volvió la espalda á la insolente muchacha, con supremo desden, y dijo á su prima:

—Me voy mientras esta mujer esté aquí: cuando se haya ido, volveré.

—No te vayas, repuso Aurora, porque es ella la que se va: Joaquina, aquí estás muy demás.

—¡Si ya me marchó! dijo la camarera: pero tambien es cierto que me han de llorar ustedes más de dos veces y más de cuatro: ¡pues no, que habrá otra tan tonta, y que sepa hacer tan poco agosto, como Joaquina Ruiz! Si en esta casa todos se deben echar la cuenta de que á *prio revuelto ganancia de pescadores!* como jamás hay paz, ni hay orden para las cosas, cada uno tirará por donde se las sepa, y hará para su bolsillo el mayor beneficio que pueda.

—Esa será la cuenta que tú hayas hecho, observó Aurora.

—No señora, porque dejando á un lado diez vestidos que Vd. ha tirado y que yo he recogido

manchados ó rotos por la mano de la señora, y algunos encajes destrozados en mangas y pañuelos por las furias de Vd., nada más saco: y bastante dinero podía llevarme; que muchas veces, enfurecidos, se dejan los cajones abiertos, pero no soy de esas; no, señora.

—¡Malo es que lo pienses! dijo Aurora sonriéndose de la cólera de su camarera.

—Más malo es hacerlo.

—Es que quien lo piensa, lo hace.

—¡Quía, quien lo dice no lo hace! lo que yo haré será otra cosa: y ello sonará: con que vaya, abur y divertirse: que otra les sirva á ustedes, que yo puede que antes de mucho les dé la mano de igual á igual.

—¡Esta mujer se ha vuelto loca! exclamó Isabel: ¡qué tono, qué modo de hablar!

—Ya he dicho que lo que fuere sonará.

—Anda, anda con Dios: dijo Aurora, cuyo adusto y habitual ceño se habia desarrugado con una risa franca y burlona.

—No sé por qué me causan miedo el acento y el aire de desafío de esa mujer, dijo Isabel: nunca hasta hoy me habia parecido mala, sino fátua: hoy, sin embargo, me parece una malvada y temo que venga á casa algun mal por ella.

IV

German subió al cuarto de su madre, así que se envolvió en su bata, y se caló su gorro de terciopelo verde. Era un gallardo jóven, como queda dicho, y que ya habia concluido en Madrid su carrera de abogado.

Hijo de un padre débil y de una madre, no débil, pero sí ignorante y vulgar, German no habia conocido en el mundo otra ley que su capricho ni otra autoridad que su gusto.

Acabada su carrera, no habia tenido más remedio que marchar á Barcelona, y al lado de su madre, no porque deseara el cariño materno y la vida doméstica, sino porque Doña Bibiana era muy mujer para no enviarle un cuarto, como en efecto lo hizo.

La viuda vivia entonces en Barcelona, y no fué del todo mal á German, pues su vida se pasaba en el café, en el casino, ó de caza, y la noche en los bailes ó en cenas alegres.